

# ERROR DE CONTINUIDAD

Ernesto Garratt Viñes



© Error de Continuidad  
Sello: Soyuz  
Primera edición, Diciembre 2020  
© Ernesto Garratt Viñes 2020

Edición General: Martin Muñoz Kaiser  
Portada: Felipe Francisco Olea  
Corrección de textos: Aldo Berríos  
Diagramación: Martin Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.  
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 2020-A-10139  
ISBN: XXXXXX

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

*La realidad se resume en dos palabras: permanente  
impermanencia.*

**Alejandro Jodorowsky**

*A veces, la mente recibe un golpe tan brutal que se esconde en  
la demencia. Puede parecer que eso no sea beneficioso, pero lo  
es. A veces, la realidad es solo dolor, y para huir de ese dolor,  
la mente tiene que abandonar la realidad.*

**Patrick Rothfuss**

# Primer día

**D**esperto del trance de odio cuando Cotton<sup>1</sup> retumba contra la pálida muralla. Es un golpe seco y mortal. La columna vertebral del conejo se triza dentro de su acolchado cuerpo y ese sonido, el chasqueo instantáneo de la muerte, es la única señal que puedo vislumbrar en este momento detenido en el tiempo para comprender lo inevitable. El peluche vivo de mi hija de tres años, aquel conejo culiao de mierda que siempre odié, desde que mi mujer me obligó a rescatarlo de la calle para que nos trajera suerte, conejito lindo precioso, blanquito peluchito hermoso, ya no va a hueviar *más*.

Jadeando, con la boca abierta y con una corriente eléctrica aún recorriéndome el brazo derecho después del esfuerzo físico, me doy cuenta de lo que acabo de hacer: arrojé al conejito de mierda al otro lado de la sala de estar y el bicho ha caído muerto sobre la alfombra roja como lo que siempre fue: un peluche de albo pelaje, aunque ahora nada en él registra el hálito de la vida.

Mi mujer, Mariana, con su expresión deformada por el miedo, me mira con los ojos bien abiertos, apretando la mandíbula. En sus brazos, mi hija Antonieta llora desconsolada. Sus gritos crecen y crecen, y nada de lo que haga o diga la va a tranquilizar. La sien izquierda de mi niña sangra a raudales. Desde chiquita las heridas y la sangre la han asustado. Asocia el color rojo a las lesiones y el estruendo irracional del llanto aparece como un acto reflejo. Antonieta siempre ha llorado, todo el tiempo, a

cada minuto, a cada rato. En su cuna, en el patio, en el auto. En Navidad, Año Nuevo, Fiestas Patrias y también en su cumpleaños. Es parte de su condición, según nos han dicho los médicos. Así es ella, qué se le va a hacer, nos dijo la neuróloga la primera vez que nos informó del adjetivo calificativo que iba a cambiarnos por completo el mundo:

“Autista. Su hija es autista”.

En verdad no sé por qué acabo de matar a Cotton. O sea, sí sé. Pero no sé por qué la cago siempre. Por qué mierda no soy capaz de controlarme ni de hacer las cosas como el resto, con la cabeza serena.

Llevamos más de un año encerrados en casa por culpa del COVID-19, es verdad que estamos estresados. Nadie le cree a la ministra de salud, Karla Rubilar ni al payaso reo por lindo presidente, Sebastián Piñera, quien ya no puede salir del país porque lo persigue una corte europea por violación a los derechos humanos. Este 2021 está igual o peor que el año pasado, y podría escudarme en su infernal desarrollo para justificar mis fracasos.

Pero la verdad es que esa es la punta del *iceberg*<sup>2</sup> con el cual mi Titanic acaba de encontrarse. Miro al conejo muerto, escucho los gritos de mi mujer fuera de sí. La veo mover la boca, me trata de imbécil, de idiota, de ahueo-  
nao, que ya no está para mambos, que ya no está para mantenerme, que ya no está para ser la sostenedora de un cesante, que ya no está para soportar. La veo aullando su furia mientras sostiene a nuestra hija en los brazos. Pero en realidad no la escucho, solo atiendo a mi voz en *off* interior que siempre me habla en momentos de ansiedad como este. Supongo que es un recurso que comencé a usar para no sentirme tan mal cada vez que meto la pata. Cada vez que cometo un yerro involuntario de aquellos. Mientras mi esposa me lanza justificadas frases hirientes, esquivo el ataque verbal como puedo, dejándome sedu-

---

2           Témpano.

cir por el pensamiento *random*<sup>3</sup> de mi cabeza: «los conejos siempre me han producido gracia, como el *cartoon*<sup>4</sup> caradura de Bugs Bunny, *winner*, inteligente, alegre, que humilla siempre a los más lentos de cabeza, como Elmer Gruñón», me digo a mí mismo. «Es la raja el viejo Bugs y su “qué hay de nuevo, doc”. O para qué decir cómo chucha me gustaba de cabro leer al Conejo Blanco apurado de *Alicia en el país de las maravillas*. Esa rata tan preocupada del tiempo, de no llegar tarde a ninguna parte. Era una alarma hecha conejo, una baliza apurando la causa».

Siendo sincero, por un momento llegué a pensar que el arribo de Cotton a nuestras vidas era un buen presagio para el destino de la familia. Apenas lo vi corriendo de prisa en la calle afuera de nuestra casa ñuñoína, como una mota blanca de algodón entre los pastos ordenados del barrio Suárez Mujica, lo asocié con el Conejo Blanco de Alicia. Ambos, el animal de mentira y el de verdad, iban raudos en mi comparación mental. Pero yo interrumpí la carrera de Cotton. Lo traje a regañadientes a la casa y por varias semanas me autoengañé. Contemplarlo durmiendo apaciblemente y con la seguridad de un hogar, pensaba yo, era tal vez una forma de pausar su propia prisa y también de desacelerar nuestra propia velocidad respecto de las expectativas que teníamos para que Antonieta aprendiera como un niño neurotípico.

Eso le decía al equipo de rodaje: que pensaba que el conejo era una *nice*<sup>5</sup> metáfora para capturar el *time* y darle un *new sense*<sup>6</sup> a nuestras vidas *at home*. Una nueva perspectiva para apreciar la *life*<sup>7</sup> y darnos una *second chance*<sup>8</sup>. A pesar del COVID hemos vuelto a filmar. Eso es lo bueno de vivir en un país permisivo como este, con unos gobernantes explotadores y avaros. No les importa en ver-

- 3 Al azar.
- 4 Dibujo animado.
- 5 Bonita.
- 6 Nuevo sentido.
- 7 Vida.
- 8 Segunda oportunidad.

dad la salud de la gente. Solo la platita manda. Y como Joe Biden ha revertido las insanas medidas de Donald Trump sobre la pandemia, Estados Unidos ha detenido centenares de rodajes y varios de ellos se están llevando a cabo en este Chile “libre del marxismo de Biden”, como dicen los libertarios chilenos.

Hay harto gringo trabajando actualmente en filmaciones. La mitad del *team*<sup>9</sup> donde estoy pituteando ahora son gringos. *You know*<sup>10</sup>. Y siempre les hablo en inglés. Algunos levantan los hombros y otros me miran asintiendo con la cabeza, entornando los ojos. Comunicativos no son. Pero sé que cuento con ellos. Siempre están en el rodaje. Siempre. En el set, calladitos. Arriba de andamios. Detrás de las luces. Moviendo cables. Hablando por radio *very important stuff*.<sup>11</sup>

¿Pero saben algo? Pese a mis buenas intenciones a la hora de interpretar la realidad, pronto caché que Cotton no era una metáfora de nada bueno. No, pues. Todo lo contrario. El conejo culiao llegó para sacar lo peor de mí. Y puta, cómo lo logró.

Confieso que para mí los conejos siempre fueron sinónimo de cualquier cosa menos de un ataque de ira. No lo anoto como una defensa. Ya la embarré. Asumo que me pitié al conejo sin darle muchas vueltas. Pero fíjense: en los rodajes que hicimos en Francia, a menudo me ofrecían comer conejo en los *catering*<sup>12</sup>, y no sé, nunca he querido comerme uno. Jamás lo haría. Además, nunca había matado nada vertebrado antes. De hecho, cuidaba al conejo culiao como si fuera uno de mis gatos. Le compraba esa comida especial para roedores, para que no sufriera problemas estomacales, le limpiaba las cacas de la jaula sagradamente cada día, lo sacaba con frecuencia de su

9 Equipo.

10 Tú sabes.

11 Cosas muy importantes

12 Servicio de suministro de comidas preparadas para colectivos, en este caso para quienes trabajan en la producción de una película.

prisión para hacerle jugar alguna lesera en el patio con mi hija, para que se divirtiera ella y el conejito de mierda en un mágico mundo de colores.

Pero Cotton, Cotton culiao, era un bicho indomable. Un salvaje. Una rata de ojos colorados lista para pelear, morder y rasguñar. Lista para saltar sobre el huevón equivocado como yo y hacerme caer aún más bajo. A mí me mordió y arañó las manos varias veces. Me lo aguanté. Por eso, cuando lo vi rasguñando la cabecita de la Antonieta, abriéndole una herida profunda en la sien izquierda, de inmediato vi la vida de un color rojo furioso y simplemente lo hice: aparté al conejo de la cara de mi hija, lo levanté por el cuello y lo lancé lejos como si fuera el mismo Diablo.

Y puta, la cagué. Puta que la cagué. Como siempre.

\*\*\*

Mis errores, por la cresta, eran parte fundamental de mi encanto al inicio de nuestra relación con Mariana. De niño me costaba mantener la concentración y menos controlar mi motricidad fina. Futuro de cirujano nunca tuve, ni de nada que tuviera que ver con destrezas manuales. Caídas, esguinces de tobillos, alta tasa de platos rotos y vasos quebrados eran parte de mi día a día, y era difícil imaginar que mis torpezas, ya de adulto, iban a ser la fórmula de seducción para finalmente reproducirme.

Conocí a Mariana durante el Festival de Cine de Viña del Mar 2006, mi ineptitud constante logró sacarle risas espontáneas. Desde el primer *crush*<sup>13</sup>. El primer *crash*<sup>14</sup>, más bien.

En la recepción/cóctel/fiesta de la fundacional película en la que debuté como continuista: *Delirium*, del chantísimo Ignacio “Coke” Iriarte (un cuico sin talento que hizo una porquería pésima de terror, mula, cuma y alguien que aún me adeuda trescientos mil pesos por mi trabajo). Yo iba feliz caminando de espaldas con mi canapé de pal-

13 Flechazo.

14 Choque.



ta mayo en la mano y mi roncola en la otra, cuando por accidente choqué con el abultado trasero de una amiga de Mariana. Era una mujer pequeña y morena con rasgos de experimentada pisolera, y cuyo brebaje de ese momento, justamente una pisolera recién servida, debido al golpe de potito con potito que nos pegamos, cayó sobre sus pechos y de ahí al suelo en una ruidosa cascada de cubos de hielo.

«Nadie puede ponerle tanto hielo a una pisolera, por la chucha», pensé durante el transcurso —en cámara lenta— del accidente, ya que a menudo así vivo mis errores dentro de mi cabeza... en cámara lenta. De inmediato, asumí la culpa con la mujer a la que dañé sin querer, con mi mejor mirada de borrego degollado. A continuación, le sonreí y levanté los hombros a la cara bonita a su lado: Mariana, una mujer alta, que se tapaba la cara llena de risa, tanto que sus crespos castaños parecían convertirse en un áurea iluminada frente a mí.

Nunca he sido muy galán. Dos pololas oficiales y algunas incursiones discretas. Me iba mejor en el proceso de cortejo cuando me quedaba calladito y no me poseían mis descoordinaciones motoras ni mentales. Por el contrario, cuando ando urgido o nervioso —que es como siempre—, además de caídas y golpes, hablo más de la cuenta. Me convierto en un verborreico descontrolado incapaz de parar. Digo cosas sin sentido y eso aturde y aleja a cualquier posibilidad de reproducción.

Pero con Mariana todo fue distinto. Apenas hicimos contacto visual, tras las disculpas del caso con su amiga, empecé a tontear con ella, talla tras talla, a ver si la risa se podía mantener durante aquel incómodo momento.

—Nadie puede decir que no moja la camiseta, ¿ah? —dije caradura—. Tu amiga está lista para la temporada de playas y piscinas, ¿ah? —continué—. Se le olvidó el paraguas o nadie le avisó que iba a haber chubascos —rematé ya sin nada de culpa.

Siempre digo que para que alguien lo pase bien, otros lo tienen que pasar mal. En este caso la amiga, quien secando su escote con una servilleta de papel enfiló empujando al baño, mientras Mariana seguía explotando en una serie de ataques de risitas simpáticas.

Lo supe. Era mía. O más bien, podía ser mía. Mariana me miraba directo a los ojos y no le importaba mi abultada barriga asomando por mi polera talla S, con el afiche de *Star Wars* estampado en mi pecho. Tampoco parecía sentir aberración por mi descuidada barba de varios días, ni menos por mi tufillo a cebolla en escabeche: siempre fue mi debilidad, a pesar de sus pasosos efectos colaterales.

Perdimos de esa manera la noción del tiempo y me atrevería a decir que también del espacio. Nos pusimos a conversar animados en un rincón mientras comenzaba a sonar músicaailable de fondo y bajaban las luces; una ambientación que sin duda me beneficiaba, ya que así podía disimular mi evidente fealdad: mi nariz es gigantesca y tengo un ojo más chico que el otro. Aunque no tengo certezas, creo que soy bizco.

Mariana seguía riendo, esta vez con mis historias de rodaje como continuista en *Delirium*, bebía ahora su segundo vaso de piscola: según mis cálculos, una porción suficiente para engañar a sus sentidos y lograr que me visualizara como la versión aCuenta de Mark Ruffalo.

Siempre he concluido que esa es mi cifra ideal de transformación para ser inapelablemente deseable: que la mina en cuestión consuma dos piscolas y ya está. Soy casi casi Mark Ruffalo. Con tres, estaba seguro, me transformaba en Brad Pitt. Pero el tema es que casi nunca conseguía que duraran tanto conversando conmigo. Mi unidad de medida promedio era solo una piscola. Pero Mariana fue la excepción. Era fácil conversar con ella. Escuchar. Dialogar. Reír.

Mariana estaba terminando Periodismo en la Ponticuica Universidad Católica, según me contó. Pero vivía bajo la sombra de unos bellos abedules en la comuna de La Florida, así que de cuica nada. Amaba el cine, las películas, en especial *Star Wars*, y lo más importante: estaba soltera. Me admitió con algo de vergüenza que estaba cubriendo el festival en calidad de reportera para un diario fascista de circulación nacional, y se me acercó al oído para confesarme, en un cómplice susurro, que el director chanta de *Delirium*, “un cuico sobrado”, la había joteado durante la entrevista que le había hecho esa misma tarde.

Para hacerme el lindo, para estar a la altura de la situación, decidí hacer lo que jamás hay que hacer en una fiesta de rodaje: hablar mal del director. Me asomé al cuello de Mariana y hablé demasiado fuerte y demasiado claro:

—Ese chanta, cuico de mierda. No tiene idea de dónde está parado. Yo era el único que sabía lo que pasaba en su cága de rodaje. Esa es la pega de los continuistas, especialmente los gringos. Pero Iriarte no cacha nada, si jala todo el día.

Cuando pronuncié la última frase, la música se detuvo de forma abrupta. Una falla en el equipo del DJ dejó flotando mi frase en el aire. Pude sentir la mirada hiriente del Coke Iriarte al otro lado del salón cuando retumbó mi voz. Me quería matar. Estrangular. Eliminar.

Mariana, percatándose del nuevo incómodo momento, lanzó una espontánea carcajada.

—¡Maestro Longaniza! —exclamó burlona en mi cara y enseguida me sacó a la calle con su tercera piscola a cuestas. Seguramente pensaba que tenía tomada la mano de Brad Pitt.

\*\*\*

Cuando ya estuvimos casados... sí, nos casamos un par de años después de ese *crash/crush* en Viña del Mar, era divertido para ella y para su círculo de amigos de la Ponticuica tener cerca a un payaso involuntario como yo.

Supongo que nunca conocieron a alguien tan equivocado. Tan errático. Tan comunista. Tan resentido. No habían conocido a una persona carente de coordinación motora, que era capaz de derramar de la copa vino tinto justo sobre el regalo máspreciado de la dueña de casa que osaba convidarme como parte del combo de gente bienvenida. Mi intento de huida de la escena del crimen, cuando la mancha roja de carmenere barato se expandía silenciosa sobre el exclusivo chal de alpaca encima del sofá, fue menos burda que mi fallida acción de tapar el dolo con un cojín dorado, que solo sirvió como una X en el mapa para hallar más fácil el tesoro.

Recuerdo que todos rieron con mi torpeza cuando me descubrieron. Y así lo siguieron haciendo: rieron a mandíbula batiente con las nuevas y originales formas de equivocarme que fui descubriendo con el paso de los años. Verter mayonesa de mi completo encima de la blusa blanca y nueva de Mariana en reuniones sociales, aunque estuviéramos a metros de distancia, se convirtió en la historia más suave de un reguero de errores. Como meterme en las aguas profundas de un resort caribeño para practicar el *paddle surf*<sup>15</sup> sin saber nadar; cuando perdí el equilibrio mirando el transparente fondo marino, mis patéticos gritos de auxilio en español fueron celebrados por un chino borracho en la terraza de un lujoso palafito, que pensó que yo estaba tan ebrio como él.

O cómo olvidar mi intento desesperado por detener una convulsión de tos en mis tiempos de fumador empedernido, tomando al seco un jarabe antitusivo amarillo de amargo dulzor. Nuestra hija tenía seis meses y mi estúpido razonamiento consistió en amortiguar mi toz para evitar así el contagio hacia la guagua. Yo fumaba escondido de Mariana. Diez cigarros, luego veinte. Las esperas en los rodajes son una larga agonía, un tiempo muerto asesinado por el aburrimiento de la espera. Además, eran

tiempos donde mis errores ya no resultaban tan divertidos para Mariana: ahora causaban peleas y gritos.

El asunto es que, tras ingerir el jarabe aquel, terminé drogado en la urgencia de la clínica privada de mi barrio; alucinando con líneas amarillas y estelas rojas que me abrazaban y daban vueltas, baboso de la risa, con mi esposa enfurecida meciendo el coche de la bebé y mi suegra, Endorita, susurrándole al oído a Mariana que yo era “un artista” y que no dejaba de tener un encanto el desastre.

Con trece años de matrimonio y una hija del espectro autista a cuestas, dudo que Mariana piense que sigo siendo un encanto. Mi suegra acaba de llegar a nuestra casa para asistirnos con el conejicidio de Cotton. Vive a solo un par de cuadras y me alivia verla, la verdad. Siempre me ha tenido buena. Pero no esconde su horror cuando se da cuenta del peluche salpicado de sangre y muerto sobre la alfombra. Se tapa la boca con ambas manos. Eso lo dice todo. En seguida me abre la palma de la mano y deposita, entre la línea de la vida y la del amor, una pastilla blanca.

—Tómatela y quédate piola acá en el living. No hagas ni digas nada.

Endora toma con delicadeza el cuerpo de Cotton y lo deposita dentro de una bolsa de basura. Luego, lleva a Mariana y Antonieta al segundo piso. Pasa media hora y su trabajo de contención parece estar resultando. Nadie grita, nadie llora. Nadie parece estar alterado. La pastilla me ha hecho efecto y me encuentro en un artificial estado zen, amarrado a una ficticia calma a la que, valga el poder farmacéutico, no me atrevo a cuestionar ni poner en duda. Solo me dejo llevar y de hecho, no pierdo la compostura cuando escucho un portazo en el segundo piso. Los tacos de Mariana bajan la escalera y al final me lanza su drástico ultimátum:

—¡Te vas y te vas de esta casa, hueón mantenido! Loco de mierda, ni siquiera eres capaz de controlarte, desquiciado. ¡A ver si te sirve para encontrar un trabajo decente, flojo de mierda!

Detrás de Mariana, mi suegra camina como una tenue sombra e intenta calmarla a punta de dulzura. Y yo, que he mezclado el calmante de Endora con unos generosos sorbos de whisky de la alacena, no me doy por aludido. Sonrío baboso, con la mirada perdida y me estiro relajado en el sofá, aturdido por la realidad que de pronto insiste en ser cruel conmigo. En mi precario estado mental, me pregunto, ¿por qué me llama mantenido? Pienso en cámara lenta y me contesto que mi trabajo de continuista me ha dado satisfacciones: conocer el mundo del cine por dentro, ir a festivales, carretear con famosos. Claro, no pagan demasiado. Solo he trabajado en películas chantas chilenas y harto cortometraje. Pero igual. Merezco respeto. Además, la cosa ha estado dura en esta pandemia con la cancelación de filmaciones. Pero mal no me ha ido. Hago clases de arte. Ya. Okey. Muchos talleres son *ad honorem*<sup>16</sup>. Pero no puedo ser un mercader explotador. Tengo conciencia social. Fui allegado muchos años. Soy del pueblo, aunque lleve una vida burguesa, compañero.

Además, no poseo el carácter para ser un gerente de comunicaciones de una *App*<sup>17</sup> transnacional como Mariana. Yo, antes que nada, soy un artista. Necesito sentirme intelectualmente cómodo para desarrollar mi mensaje al mundo. Y ahora mismo no estoy nada cómodo. Me estoy tomando la cabeza y arreglando mi chasca canosa con las dos manos cuando noto que mi celular está sonando. La llamada del Negro Valle, mi amigo productor que me ha conseguido pitutos en la última película del director Nacho Lira, ganador del Óscar, y que ha logrado traer a Chile a Starlet Johnson a filmar una huevada de ciencia ficción. Ni he cachado de qué se trata en detalle el rollo

16        Que se hace sin retribución alguna.

17        Aplicación.

de la historia, porque mis pegas han consistido en ayudas puntuales de locaciones al *script supervisor*<sup>18</sup> gringo, un guatón colorado pro-Trump bueno para las chuchadas en inglés: Thomas.

—¿Negro? ¡Qué pasa! —digo al contestar el celular con voz de ultratumba. Mariana se calma un momento. Ambas, madre e hija, se quedan quietas para escuchar el diálogo con mi amigo del alma y se alarman por lo que oyen—. ¡Cómo que se acabaron mis pitutos en el rodaje! ¿Pa' la casa, Negro? ¿En serio? —pregunto angustiado. Mi suegra y mi mujer me miran por el rabillo del ojo. Esta es mi única fuente de ingresos reales y el Negro está teniendo una charla conmigo sobre mi futuro laboral. Malas noticias—. ¿O sea, pero puedo ir a buscar mis cosas que sea? —indago agarrándome el pecho. Muy dopado estaré, pero esta es una situación límite que no vi venir—. ¿Cómo me voy a calmar, Negro? La Mariana me está echando de la casa, esto es lo único que tengo para parar la olla... ¿y tú me decís que se acabó la weá de pega? —Sigo escuchando a mi amigo del alma al otro lado de la línea. Respiro hondo y mientras me habla, tan rápido como piensa, tomo asiento porque me dice que mejor me siente, y sigo respirando profundo, porque me dice que mejor respire profundo.

Cuando le cuelgo, mi cara me delata.

—¿Qué pasó, Daniel? ¿Te echaron? —pregunta Endora.

La noticia aún me retumba en la cabeza, no lo puedo creer.

—Sí, ya no haré más pitutos pa' los gringos...

—¡Cesante el perla! Ahora sí que te vai cagan...

Cuando Mariana me está echando su florido rosario encima, con todas sus fuerzas por lo demás, levanto la palma derecha en son de paz.

—Espera... No me echaron, Mari. Al revés: me están contratando por tres mil dólares diarios. Tengo que re-

18 Continuista.

emplazar al *script supervisor*<sup>19</sup> gringo, Thomas. Se agarró el COVID, está con ventilador, grave, pero no quieren reportarlo para evitar pagar el seguro médico, que son como tres palos verdes. Van a chamullar que es estrés y yo haré esa pega esta última semana de rodaje de los gringos. El Negro dice que puedo incluso negociar cinco mil dólares por jornada. Están desesperados.

— ¡Buena, Cucho! — celebra mi suegra con su seudónimo favorito para mí, el de un amigo de *Don Gato*, y luego inquiere —: ¿A quién tienes que reemplazar? No entendí eso.

A Mariana le cambia el semblante. Se que está calculando lo mismo que yo en estos momentos: en una semana puedo llegar a ganar como treinta millones de pesos. Solo en una semana. Con eso termino de pagar el departamento de Obispo Donoso. Y al fin me convertiría en propietario. Tremenda oportunidad. Es una chance única de enmendar todos mis errores habidos y quizás por haber.

— Debo reemplazar a Thomas Winter, el *script supervisor*, Endora. El *script supervisor* es el hueón que hace algo así como de continuista en el cine gringo. El que se fija que el reloj del jovencito siempre esté en la mano derecha y no en la mano izquierda en la siguiente escena para que no haya errores de continuidad. Pero también es una pega más exigente. Hace un montón de trabajo. En el fondo, es la persona que más conoce el guion y la película en el set además del director. Quizás más que el director.

— ¿Cuándo empiezas? — me lanza con menos agresividad Mariana. Incluso algo cariñosa, me atrevería a decir.

— Ahora mismo. — La miro hacia arriba con las cejas arqueadas —. Me pasan a buscar en diez minutos para ir al set.

Miro mi reloj y son las 18:03 horas del primer día.

\*\*\*

---

19 Continuista.



Dentro del Uber, me pongo la mascarilla más cuica que tenemos en la casa. Una que encargué a Amazon, con filtros de aire sofisticados como la máscara que usa la niña *Nausicaä* en el animé de Hayao Miyazaki. Cuando la vi en el catálogo de SkyMall, en un vuelo a Los Ángeles para un rodaje chileno que aún no se estrena, un thriller sobrenatural sobre un fantasma que busca a su asesino en un país sin fe en la justicia (la weá mala, una mierda, pero pagaban hotel y viaje), supe que tenía que comprarla. Me endeudé con tres máscaras. Una para cada integrante de la familia. Mariana me la tiró por la cabeza cuando supo su precio (ciento cincuenta dólares cada una) y Antonieta la usa a veces para jugar con sus animales de peluche.

Detrás de mi máscara *Nausicaä*, como le digo al estrafalario tapaboca que solo uso para impresionar a los gringos en el set, voy digitando un áspero diálogo con el Negro Valle por WhatsApp. No me malentiendan. Es una charla áspera porque me trata de cobarde y *pussy*<sup>20</sup>. Estamos hablando de un tema que estratégicamente omití en la reunión familiar que dejé atrás hace apenas unos minutos. Y la verdad es que, como le confieso al Negro por el chat, estoy aterrado, no tengo ni la más remota idea de cómo chucha hacer la pega del Thomas. Es verdad que he sido continuista en algunas porquerías del cine chileno, pero ni pico noción de cómo hacer esa pega con el nivel profesional y a toda raja de los gringos en Hollywood.

O sea, me sincero con el Negro y lanzo la primera verdad por delante:

—Ni siquiera sé hablar bien inglés, weón. Champurreo su resto, pero con cuea sé hablar de corrió poh. Tampoco sé leer bien un guion en inglés poh, weón.

—No te urjai, ya queda lo menos de rodaje. Son treinta palos por una semana poh. Tú has como que entendís no más. Además, todos saben que está quedando una mierda que nadie entiende. No tiene ni pies ni cabeza. Ni No lan arregla este zorrazo.

20 Pusilánime.

—¡En serio, Negro!

—Sí, weón. Es plata fácil, además vas a trabajar más que nada con el director, el cuico Lira. Así que para ti casi todo será en español. Calmao, weón *pussy*. Ah, y recuerda que el diez por cierto es para mí. Yo los convencí de que te llamaran, ¿vale? De ahí me lo depositai...

El Uber se detiene en los estudios de Machasa, al sur del Club Hípico, donde funcionan las señales CHV y CNN Chile. Siempre me ha causado una desolación absoluta respirar lo desértico y poco amable que es este eximperio textil, ahora reconvertido en estudios de televisión. Es un pedazo de Tatoonie zombi en medio de Santiago. Pero debo ser sincero: desde que los gringos han arrendado espacios para sus rodajes en diáspora, han hecho revivir un pedazo de Machasa y lo han convertido en un verdadero micro Hollywood en menos de dos meses de estancia.

A ver, por ejemplo: han plantado árboles ya crecidos en los patios exteriores, que antes eran solo un arenal inhóspito; abrieron dos cafés Starbucks y un restaurante para los trabajadores (cerca de un sesenta por ciento norteamericanos); y por las callejuelas andan carritos que deambulan bajo la sombra de la reforestación, de acá para allá; mientras extras, vestidos con estrafalarias ropas de distintas épocas, fuman o comen colaciones en sus tiempos libres. El personal gringo y chileno cumple las normas sanitarias para evitar el COVID, debo decirlo. Pero después de varias semanas de intenso rodaje, porque yo he venido a ayudar en pegas menores, pitutines, digamos que he notado que la gente anda más relajada. Por eso, no me sorprende que el Negro me abra la puerta del auto sin portar mascarilla y me lleve del brazo sin respetar ni una distancia social.

Cruzamos varios pasillos y, sin preámbulos, el Negro me guía a un estudio que no conocía.

—Juntamos tres estudios, botamos muros y mira qué belleza.

Un galpón de proporciones gigantes, y en las paredes una enorme huincha que parece ser ¿una pantalla led?, que cubre unos ¿trescientos grados? de circunferencia casi perfecta, y donde se proyectan ahora mismo imágenes de una calle de ¿Nueva York? o ¿Santiago Centro? En vez de pantallas verdes, los gringos han traído esta nueva tecnología a Chilito para crear fondos del lugar que deseen y, con las luces y focos, más las escenografías, decorados, utilería, recrear el hábitat que se les antoje. Desde la superficie de la Luna, pasando por el Palacio de Buckingham hasta la Pirámide de Keops.

—Hola, Nacho. Te presento a Daniel, tu nuevo *script supervisor*.

Estoy tan alucinado mirando la maravilla que me rodea, que no me he dado cuenta de que el Negro Valle me ha puesto cara a cara con mi jefe directo durante los próximos siete días.

—Hola huachito, cómo estai. Feliz de tu arribo, *help*, *help*<sup>21</sup> —me dice con tono lisonjero Ignacio “Nacho” Lira, una leve brisa de vida convertida en persona, una sombra sin cuerpo, una efímera presencia que me conduce al tráiler de Starlet Johnson sin nunca, jamás, mirarme a los ojos. Ni una sola vez.

El gran Lira, ganador del Óscar por su debut en Hollywood, *Precious Origins*, una película pajarísima acerca de una chica indígena chilena muda —interpretada por una actriz afrofilipina— que busca su identidad en el mundo en clave *road movie*<sup>22</sup> por la pampa argentina, cimentó su carrera en el cine *indie*<sup>23</sup> americano. Como buen cuico, supo manejarse con el principal tema que une a los cuicos —las lucas—, y logró traer lucas extranjeras

---

21 Ayuda.

22 Película de carretera.

23 Independiente.

a Chile de los cuicos extranjeros que hacen películas en Hollywood.

Con los nudillos apretados, Lira ahora toca tenuemente la puerta de su estrella y espera a que abra. Lo que sucede después ocurre muy rápido, en una cronología casi confusa y podría resumirse en que Starlet se asoma apenas por el marco, susurra desde la sombra un ronco “Hi”<sup>24</sup> y Lira, en un inglés sin acento, le dice algo como que soy el reemplazo de Thomas y que mañana vamos a trabajar duro para sacar adelante lo que queda de película.

Starlet susurra un ronco “Okey” y cierra amparada por ¿el temor? La puerta de su tráiler, como si no quisiera contagiarse con nada de la chilenidad que la rodea. Dos segundos después, Lira me entrega un tablet donde está todo el guion y las secuencias estudiadas por parte de Thomas. Y antes de despedirse, de espaldas sin voltearse, me pide que jamás le hable por el chat durante la noche.

—Necesito dormir para anotar mis sueños —informa.

—Anótame este sueño, maraco de la conchetumadre —le susurro a mi compinche, el Negro Valle, que ha entrado en escena para devolverme a mi hogar.

—Mañana a las ocho de la mañana nos vemos, cumpa, ¿vale?

—Vale, Negro. Gracias, te pasaste... Oye y antes que se me olvide... cómo se llama esta cagá de película...

—*The Worst Time Traveller*<sup>25</sup>: El Peor Viajero del Tiempo, te va a encantar, es una oda al yerro humano. Un weón que la vive puro cagando. Igual que voh.

\*\*\*

---

24      Hola.

25      El Peor Viajero del Tiempo, tal como dice a continuación.

No entiendo ni pico lo que dice el guion en inglés. Llevo horas tratando de cachar la trama central y la verdad es que me cuesta más de lo que esperaba. “¡Open English para Daniel Villanueva con urgencia!”, me digo a modo de talla para no seguir cayendo en el abismo de la depresión.

O sea, depresión no. Corrijo: desesperación.

En unas horas más tengo que llegar al set con esta weá aprendida. Y debo conocer lo mejor posible las escenas y tomas de la jornada, porque sé que me van a preguntar a cada rato. He pituteado con el gringo Thomas en los rodajes y entiendo cómo es la cosa. Lo tapan a preguntas. Lo huevean porque la luz no es la misma, le preguntan cuál es el tono dramático que debería estar en la escena, cuál es la posición de la escenografía. Todo.

El trabajo de *script supervisor* es el medio hueveo. He sido continuista, pero en el cine chileno eso da lo mismo; no tiene el mismo respeto que en Hollywood. Acá, en esta copia infeliz del Edén, las cosas son siempre al lote. Ni se leen los guiones. Nadie se los aprende. Quizás algunos actores decentes. Pero el resto da lo mismo. Lo que importa es que seai cuico y consigas la plata para medio pagar por la producción, es decir, electricistas, camarógrafos, maquillistas y la manga de hueones que hacen posible una película. Porque al final siempre te quedan debiendo plata. Operan igual que el patronaje en el resto de Chile: te hacen sentir que es un favor explotarte, te tratan mal en el proceso y más encima no te pagan o te quedan debiendo lucas. Puro maltrato.

Los gringos son otra cosa. Para empezar, pagan súper bien. Te pueden explotar, pero no te hacen sentir explotado. O tan explotado. Puta la weá, por qué chucha no aprendí inglés de cabro. No estaría hueveando hasta la hora del *dick*<sup>26</sup> como ahora, copiando y pegando en el traductor de Google.

---

26 Miembro viril.

Estoy divagando. Es el cansancio mental, supongo. Ya va a ser medianoche y el sofá gris del living me clava los resortes en la espalda. El tablet anuncia poca batería. Lira olvidó darme el cargador y en esta casa clase media no hay cables para tecnología Mac. Mañana en el set pediré uno. Trato de no hacer demasiado ruido mientras apago la máquina antes que se muera por falta de energía. Mariana me dejó dormir esta noche en casa, y en vista de que Antonieta tiene el sueño ligero, no me desentiendo del protocolo que hemos seguido durante estos tres años con mi hijita: mudez absoluta, celulares apagados y pocas luces encendidas.

Miro el rincón de la pared donde hace unas horas arrojé a Cotton y me viene un retorcijón en mitad del pecho. Seguramente Endora limpió las manchas de sangre. Mástico una pena negra y amarga desde el centro de mi boca y cierro los ojos, tratando de no sentirme peor de lo que ya me siento. Sé que en algún momento mi suegra se llevó la bolsa de basura con el cuerpecito fracturado del conejo en su interior. Sé que los ánimos se calmaron, que la llamada del Negro Valle jugó a mi favor y la promesa de mucho dinero amortiguó varias cosas.

Qué año hemos tenido, por la cresta. Antes del confinamiento por este virus de mierda, antes del estallido social y el destape de corrupción en Chile, antes del megazorrazo que estamos viviendo, con Mariana estábamos felices con la llegada a nuestras vidas de Antonieta: una cabra chica exquisita, una guagua radiante. Aún lo estamos, pero no ha sido fácil. Desde que nació esta pequeñísima y muy llorona persona, nos ha dado alegría en cada secuencia de su existencia. No voy a chochar, no quiero caer en ese lugar común, pero puta, inevitablemente uno cae en eso. Que no te mientan, compañero: la vida es un cliché, todo lo que juraste en la arrogancia de la juventud jamás hacer, cerca de los cuarenta años se está repitiendo

al pie de la letra. Y eso incluye convertirte en un padre que chochea por cada peo que se tira tu guagua.

Cuando Antonieta me miró por primera vez, acostada en la pesa de la sala de parto, respirando con la boca abierta como un pez recién salido del agua, esa imagen me llenó el pecho de infinita alegría. Sus ojos enormes me atravesaron y estoy seguro de que miraron a través de mí. Conté los dedos de sus pies y manos. Mariana me preguntó desde la camilla cuántos dedos tenía la niña y yo eché la talla emocionado.

—Seis dedos en cada pata y mano. Y con colita de chanco en el potó.

No sé si sonrió. Mi atención era completa para mi recién nacida. No podía quitarle los ojos de encima a Antonieta. Después de unos segundos, un facultativo la limpió y me la colocó en los brazos, la mecí y en ese instante pude darle forma y peso a la dicha. Lo digo sin pudor, uno se convierte en el tipo más completo del mundo. Todo parece al fin tener sentido. Todo encaja. El puzle se completa. Qué vergüenza, me escucho y tengo claro que parezco un compilado de frases para tarjetas Village, pero así es esto: cliché tras cliché. Un lugar común. Hay que asumirlo sin culpa.

Los dos primeros años debutando como padres fueron más o menos “normales”. Detesto ese adjetivo, pero lo uso para transmitir de mejor forma mis divagaciones. A ver, ¿cómo empiezo a ordenar estas ideas? Bueno, cuando tienes a tu hija en tus brazos, y ella está recién parida, buscada, planificada —en una sola palabra, deseada—, moviendo su cuerpito húmedo como si fuera un *animatronic*<sup>27</sup> o el mejor efecto especial en tu vida, te llenas de una fe inmensa en el futuro. Todo va a salir bien, te dices. Por fin. El día del nacimiento de mi única hija creí en el futuro por primera vez en mi puñetera vida.

Es bien sabido en mi entorno; los amigos que me van quedando conocen mi profundo odio y resentimiento

27 Simulador animatrónico.

al modelo que nos rige. Siempre, desde que tengo uso de razón, he pensado que Chile es un asco de país: un Estado feudal, cruel, donde los señores nos tratan como la mismísima basura que no somos. Odio a los cuicos, a los Larraín, a los Matte, a los hijos de perra de apellidos viñosos por sobre todas las cosas; esa casta miserable de racistas y clasistas que se arreglan los bigotes entre ellos y que, si pudieran competir en el mundo real con hueones como uno, de *ñeque* y talento, se irían simplemente a la conshesumadre, de una.

Los cuicos saben que no pueden competir con gente como uno: gente que creció en la miseria, que se esforzó mil veces más que ellos para poder endeudarse y estudiar en la universidad y que, a pesar de la educación de mierda que tuvimos los millones de jóvenes que crecimos en la dictadura y la democracia mentirosa que vino después, somos mejores que ellos. Por eso se casan entre primos, por eso no comparten ni una cuota de poder con los patipelados como nosotros; porque saben que frente a nosotros, los cabecitas negras, van a perder su poder capturado a la fuerza. Golpe militar y todo lo demás.

Cada vez que me pongo a tirar esta mierda, esta misma mierda, Mariana levanta aburrida la vista y remata con esta pregunta:

— ¿Te tomaste la pastilla?

Y parto a tomármela.

Básicamente por eso, por mi nihilismo y resentimiento crónico es que jamás se me había ocurrido reproducirme en este Chile de mierda que construyó la dictadura de Pinochet, que oleó y sacramentó la casta de políticos de izquierda que vino después y que, en verdad, nos vendió al mejor postor.

¡Iba yo a querer tener hijos en el país que privatizó el agua a merced de un presidente miserable! ¡Iba yo a querer endeudarme de nuevo y repetir el ciclo de la explotación en el Chile que nos dejó ese otro presidente,



que privatizó las carreteras y además nos dejó sin trenes porque se arreglaron los bigotes! No, pues. ¡Para qué tener descendencia en un territorio convertido en mera geografía comercial, sin derecho a la salud, sin derecho a la educación, jubilaciones ni vivienda! ¿Les comenté que fui allegado?

Pero el puto amor lo puede todo, incluso doblegar el espíritu más odioso de todos, al Grinch de la vida. El Grinch culiao, como me decían mis examigos, refiriéndose al permanente fuego de ira que me come las entrañas. Cada respiro que dan los cuicos, cada frase que emiten es una burla cínica al sufrimiento y el esfuerzo de cada uno de nosotros.

Sin ánimo de incendiar la pradera de tranquilidad que necesito, en especial durante esta noche, quiero profundizar un poco en esta idea de mi ira como motor de movimiento.

Pensé que yo era de los pocos que no aceptaban las injusticias diarias del Chile desigual. Pero después del estallido de octubre hace dos años, cuando vi arder este país bajo la rabia de los que sobran, jamás me volví a sentir solo en mi animadversión al desigual terruño que tenemos. Y a mí nadie me lo cuenta. O sea, los papás de Mariana se sacan la cresta en una tienda de cachivaches chinos y no pueden jubilarse porque la empresa privada que controla sus ahorros previsionales les entrega unas miserables doscientas cuarenta lucas mensuales a cada uno, mientras ellos invierten en sus propias empresas de papel y desvían los fondos a sus bolsillos y a los de sus parientes. Por otro lado, mi tía Luisa, la hermana mayor de mi viejo, esperó dos años una cirugía para amortiguar su cáncer de guata, y cuando llamaron para decirle que su hora estaba lista, mi primo Carlos los mandó a la chucha por el celular.

—Vayan a avisarle al cementerio, perros culiaos.

Son bravos por parte de mi viejo, vienen de Lo Valleador y han tenido siempre un local de verduras en el mercado. Cuando mis primos armaban equipos de fútbol, me metía a jugar con ellos. Jamás en contra. Te encargo las patadas y cuerpás que le echaban encima a los rivales. Una batalla campal ejecutada con la elegancia de un elefante bailando sobre una caja de huevos, nada más que en una cancha de tierra. Hasta balazos corrían cuando era menester celebrar el triunfo.

Pero a ver. Me desvíó. El amor. Hablaba del amor. El amor pudo sacarme de mi decisión, de nuestra decisión de no tener hijos.

No sé qué nos pasó, en realidad. Pero de un día para otro, andábamos súper bien con Mariana, súper tiernos entre nosotros. A ella le estaba empezando a ir mejor en su trabajo. A pesar de no haber estudiado en los colegios cuicos de sus colegas, era respetada en su pega. Bueno, quizás era más que respetada, yo diría que necesaria, porque hacía la pega de tres cuicos culiaos educados en el Saint George por la mitad de plata de uno de esos apitutados. Y yo, “el artista de la relación”, estaba en racha ganándome más trabajos de continuista y a veces, de director de arte en varios proyectos de directores cuicos. Mal no me iba, todo lo contrario.

Creo que a veces uno se autoengaña o necesita ese espejismo en la vida de que todo está bien. Fue en Algarrobo, bajo el hechizo de la prosperidad y un rayo de felicidad que no me quiso soltar, que le dije a Mariana:

— ¿Tengamos una guagua? Estamos en nuestro mejor momento y tan mal la cosa no está. Te amo y quiero un *mini me*<sup>28</sup> tuyo y mío.

Todo iba a pedir de boca con la Antonieta guagua. Su crecimiento, su lactancia, su belleza. Todo, excepto que lloraba demasiado y no dormía de corrido por las no-

---

28 Mini-yo. Personaje interpretado por Verne Troyer en la segunda y tercera película de Austin Powers: *Austin Powers: The Spy Who Shagged Me* y *Austin Powers in Goldmember*.

ches. Para hacerla tuteo debíamos estar dos horas meciéndola, y muchas veces me tenía cargándola y corriendo en círculos en la cocina para que conciliara el sueño, en una loca carrera de medianoche.

También había otros detalles: a veces, no nos quedaba mirando fijo cuando la llamábamos y tampoco se reía tanto. Recuerdo la primera vez que Mariana me dijo que le encontraba algo raro. Yo, hinchado y ciego de felicidad por la bendición que al fin me había dado la vida, una vida “normal”, refuté enfurecido:

—Deja, Mariana. La pendeja es normal. Córtala con la weá de buscar errores en todos lados.

Pero con el paso de los meses empecé a percibir más cosas que podrían considerarse fuera de norma. Para empezar, la niña repetía siempre las mismas frases cuando estaba aprendiendo a hablar y se encerraba en *loops*<sup>29</sup> de los cuales costaba sacarla. Por ejemplo, se ponía a hacer la misma acción una y otra vez, poner un juguete en el agua, sacarlo y luego darle una vuelta y otra vez al agua y de nuevo. Así varias veces, en un circuito sin fin.

Una mañana de verano, mi hija no toleraba sobre su piel un traje de baño que le acababa de poner. Con Mariana le habíamos comprado una piscina de goma pequeña para manguerearla en nuestro reducido patio de condominio ñuñoíno. Pero Antonieta estaba hecha una furia, gritaba como poseída por el demonio, no había cómo calmarla y se sacaba el traje de baño, molesta mientras yo volvía a ponérselo, también molesto.

Angustiado, llamé a mi prima Angélica, educadora de párvulos en un colegio diferencial, para que me diera algún consejo mientras Mariana trataba en el patio de calmar a una descontrolada Antonieta. Mi prima, un ángel de la guarda cada vez que yo pasaba por una crisis, escuchó atenta las descripciones que yo le hacía del raro comportamiento de mi hija, y antes de que yo siguiera hablando, fue directo al grano:

29 Bucles.

—Llévala urgente el lunes a un neurólogo infantil. No te quiero anticipar nada, pero es mejor que la analice un especialista.

—Pero, Angélica... dime ¡qué puede ser! —grité al otro lado del celular, desesperado—. Dame una pista poh, mira, mira.

Y le empecé a mostrar, a través de la videollamada que recién había activado, cómo mi hija estaba enrabiada con esa mañana de postal que otro niño hubiera gozado como chanco en barro.

—A ver, Daniel. Cálmate, hueón. Sabes que te adoro, pero tenís que estar calmao. La Antonietita tiene algo. Creo que puede ser autismo, ¿ya? Por eso, llévala al toque y cachén. Al toque, no hay tiempo que perder.

Me quedé helado cuando escuché que la Angélica decía “autismo”. ¿Una niña tan hermosa relacionada con una palabra tan brutal e inapelable? No me lo podía creer. Si todo está normal. Todo está bien al fin en nuestras vidas. Ya no estamos en las galeras ni somos personas invisibles. Tenemos esta casa, que la está pagando Mariana, además de dos gatos, un auto viejo pero en buen estado, un Hyundai Accent año 1998. Y lo más importante: una guagua perfecta. Una linda preciosa. Un futuro por el cual luchar.

No podía ser cierto.

Pero la realidad me decía otra cosa. Una vez más, mi sentido arácnido me lo había advertido antes. Mi paranoia, expandida por todo mi cerebro desde mi tierna infancia —que de tierna no tuvo nada—, me decía desde hace un tiempo que no debía creer en el hermoso espejismo frente a mí. Tanta prosperidad, tanta buena onda con los cuicos, tanta adaptación al modelo neoliberal no estaba bien. Algo iba a salir mal. Algo iba a fallar. Y así estaba pasando.

Hacía dos años que no dormíamos de corrido con Mariana por los llantos nocturnos de mi pobre niña. Y

ese día, cuando la palabra autismo recorrió cada fibra de nuestros cuerpos, recuerdo que no pegamos un ojo: estábamos inyectados de esa adrenalina que te brinda el miedo y el pavor a lo desconocido. Estábamos helados de terror, de tristeza, tendidos mirando la oscuridad del techo. Cómo chucha podíamos ayudar a Antonieta, pensaba enmudecido durante la noche más larga de mi vida. Cómo cresta voy a dejar sola a mi hija en la vida con esta “enfermedad”. Quién te puede ayudar en un país que solo ayuda a los empresarios corruptos, a los que tienen enormes fortunas y no a las personas que tuvimos la mala suerte de nacer acá, sin más posesiones que lo puesto, con rasgos mestizos y cabezas negras.

Vimos tres especialistas para buscar una opinión profesional consensuada a partir de ese mismo lunes. El mundo se detuvo. Nada más importaba.

La primera neuróloga que nos atendió, una brasileña de mierda, de pelo corto y cano, tosca y de gigantescas proporciones —noventa mil pesos la consulta en Cuicolandia—, nos dijo en un precario español que el ochenta por ciento de los niños autistas tenían déficit cognitivo y que, prácticamente, el Trastorno del Espectro Autista era una discapacidad. TEA, por lo demás, era la nueva nomenclatura para referirse a personas asperger y autistas.

El segundo neurólogo, un calvo con cara de sicópata sexual, un neurólogo de Isapre —veinticinco lucas la consulta—, nos preguntó si queríamos tener otra guagua y que lo pensáramos bien, porque teníamos un veinte por ciento de posibilidades de tener otra criatura autista. Culiao insensible de mierda. Cómo lo odié. La cara de Mariana era de una pena honda y profunda cuando ese hijo de puta nos lanzó la cifra en la cara, sin ni una gota de empatía. Me vi saltando por sobre el escritorio y moliéndole el caracho a cornetes hasta que mis nudillos sangraban. Pero no hice nada.

Por último, vimos a Andrea, Andrea Andrade, también del sistema privado —quince lucas la consulta—, una persona que nos dio lo que ninguno de los previos expertos pudo darnos: calma.

El escenario para los padres de un niño autista en Chile es una mierda. Nadie te toma por los hombros y te dice, “esto va a salir bien, esto puede ser un buen viaje”.

Nadie.

Solo hay desinformación, estafadores que te sacan plata a costa de tu miedo y dolor. Cómo olvidar a esa sicóloga chanta, supuesta experta en TEA, que cobraba ciento veinte lucas la sesión para decirte que tu hija parece que tenía TEA. Y, por supuesto, dentro de este entuerto no dejemos de lado la completa falta de preocupación del Estado chileno por los niños con capacidades distintas. O sea, la falta de preocupación en general por la gente.

A los operadores del Estado solo les importa el lucro, el negociado que los cuicos de mierda pueden hacer a costa de nuestro sufrimiento, sudor y lágrimas. Cuicos en el Gobierno contratando a empresas cuicas para que hagan el trabajo del Estado que, por mandato de la constitución de Pinochet, no puede hacer el Estado chileno, cobrando mil veces más por los productos o servicios que supuestamente entregan.

Lo sé. Hablo muy chulo. Muy melodramático. Lo tengo claro, ¿vale? Pero son mis pensamientos. Es mi flujo de conciencia dominado por mi bronca.

Putá, *sorry*<sup>30</sup>, perrín, perrito zorrón. Parezco un aspirante a político en eterna queja, pero tengo tanta rabia contra este país de mierda. Si no fuera por la pega de mi mujer, no tendríamos las lucas para ayudar a nuestra hija como es debido. El Estado no te ayuda en nada. Nada. Solo facilita el camino para que los privados te caguen más la vida: en la salud, en la educación en la vivienda...

En todo ámbito de tu vida. Pagamos impuestos para que los privados nos hagan pagar más por lo que debería ser gratis.

Y dejamos que siga pasando. ¿Cómo somos tan pusilánimes? ¿Cómo tan cobardes?

Detesto profundamente a este presidente, Sebastardo Piraña. ¿Por qué dejaron que gobernara? Nunca perdonaré a los políticos de la izquierda cuica, el Frente Amplio, que decidió no apoyar al candidato del progresismo. De nuevo, los cuicos pensando en su mundo cuico y dejando que el resto coma mierda. ¿Cómo sería este país si Guillier hubiera llegado al poder? ¿Se habrían cometido todas las violaciones a los derechos humanos que los pacos han infringido contra la ciudadanía indefensa? Quiero creer que no. Pero nunca lo sabremos. En fin. De nuevo me desvío. Disperso-Man.

La doctora Andrea Andrade, una mujer buena, la verdad muy empática, cabeza negra como nosotros, fue la elegida para tratar el autismo de nuestra hija. La escogimos por varias razones. La más importante de todas: nos recomendó a un equipo de terapeutas de invaluable calidad humana para trabajar de inmediato con Antonieta, ofreciéndole herramientas para que su mecanismo neuronal pudiera adaptarse a esta realidad neurotípica. Paula, una terapeuta ocupacional, enganchó al tiro con nosotros. Naty, la fonoaudióloga, empatizó igualmente con nuestra angustia de forma inmediata. Ambas nos dieron fuerzas y ánimos, porque nadie, lo repito, nadie te ayuda en este tinglado de criar una niña neuroatípica. Nadie. Solo impera la ignorancia y la brutalidad máxima de un sistema que te extrae todo el dinero que puede, que te recomienda drogar a tu niño para que no moleste en la sala de clases, en un modelo de integración e inclusión que lo que menos hace es integrar e incluir.

—Si no le dan remedio para que se calme, difícil que la aceptemos.

Esa frase la oíamos consternados cuando comenzamos a buscar jardín infantil. No hay equipos preparados para tratar la inclusión de niños con capacidades diferentes en ningún establecimiento. Los terapeutas en el sector público van una vez a la semana y, mal pagados, atienden a varios peques con distintos niveles de problemas en bloque: cero atención personalizada. Nos dicen que Chile es casi desarrollado, que somos un país OCDE. Pero es una farsa. Malditos bastardos. Somos carne de cañón para que ellos, los vampiros mal paridos de cuello y corbata, nos succionen la vida.

Chúpense esta, mejor.

Creo que debería tomarme una pastilla para dormir. Y calmarme. Saco una tira de mi pantalón y me meto una cápsula amarilla debajo de la lengua. La ira me activa. Me deja arriba. Mejor que cualquier raya. Estoy más prendido que tele de conserje. En fin. Necesito bajar.

Como decía antes, estábamos encarando ese nuevo cambio de vida, de paradigma, asumiendo el luto que significa velar la idea muerta del futuro que creías que iba a tener tu hija, cuando llegó el estallido social y la pandemia. Todo junto. Zorrizo social. Zorrizo sanitario. Y zorrizo personal donde más te duele.

Año culiao el que pasó. 2020 como el soberano pico. Y este 2021 no se ve mejor.

Por supuesto, Mariana y yo nos fuimos a la chucha. Las peleas aumentaron con el encierro obligatorio. Mis errores se notaban más, estaban más a la vista, como las costuras de un vestido que ya perdía su gracia inicial. De la pura ansiedad, además, engordamos kilos y kilos comiendo chocolates, marraquetas, comida chatarra, cervezas y bebidas gaseosas. Consejo: nunca discutan con alguien ansioso y con sobrepeso durante el fin del mundo. Nunca. Jamás. Siempre mudos. Siempre. Cero respuesta.



—¿Pero cómo cresta no escuchas que la Antonieta pide que le limpies el pote, Daniel? Acaba de mearse y tú ahí, paveando...

Este tipo de frases salían de la nada. Y yo al inicio respondía.

—*Sorry*, estaba viendo las páginas de los fondos para postular —mentía porque estaba en verdad mirando Pornhub<sup>31</sup> en el celular—. Voy, voy.

—Pero hueón, muévete. Tu hija está toda meada, llorando y seguís pegado en el celular. ¡Ubícate, yo estoy trabajando para pagar toda esta mierda! ¡Mueve la raja!

Después aprendí a guardar silencio en cada exabrupto, a no apagar incendios con parafina.

Mientras tanto, no salíamos a ningún lado, oyendo noticias de conocidos en la UCI conectados a ventiladores, a punto de morir debido al COVID. Yo tenía cada vez menos pegas: empecé a pedir préstamos al SII para solventar gastos básicos. Y, por si fuera poco, las desregulaciones de Antonieta subían y más llantos y crisis estallaban en nuestro living producto de este gran cambio de hábitos. Los autistas son rígidos. Son personas que necesitan anticipación de sus rutinas. Cuando estas cambian bruscamente, queda la *big fox*<sup>32</sup>. La gran zorra. Como nos pasó a nosotros.

Eso, hasta que maté al conejo regalón de mi hija lanzándolo contra la muralla de pura rabia. Rabia contra mí, contra mi infortunio, contra todo y todos.

Voy a tratar de pegar un ojo. Necesito dormir y la pastilla está haciendo efecto. Se me caen los párpados. Se me caen...

---

31 Sitio web para adultos que promueve el onanismo. Existe una versión pagada y otra gratuita.

32 Gran desastre.

# Segundo día

El despertador me golpea los tímpanos como si la alarma fuera la filosa punta de una aguja. Me irrita el tintineo de la histérica señal y, cuando abro los ojos desorientado en esta mañana de ¿martes?, una mueca de desagrado cruza mi cara. No ayuda la insolente resolana que cruza entre las cortinas violeta. Siempre que despertado de un sueño profundo no me cuesta cachar tanto dónde estoy como cuándo. Ese cuándo es lo difícil.

Me muevo lento para evitar el resorte del sofá en mi espalda, pero no hay ninguna puntada aquí, ni más allá. Mi palma derecha toca el cojín para descubrir que estoy tendido sobre una suave cama forrada en una sedosa sábana ¡rosada!

Bajo el mentón y miro mi propio cuerpo, descubro que estoy vestido con un pijama cuico de dos piezas color caqui. ¡La weá maraca! Jamás me pondría una mierda así de cursi. Jamás. Vestuario de hueveta aspiracional que no va conmigo.

—Qué chucha —baluceo horrorizado. A mi lado, Mariana está durmiendo a pata suelta. Viste un *baby doll*<sup>33</sup> lila que nunca le había visto. ¿Es ella... Mariana? ¿Es ella? Tiene algo distinto. Se ve más joven. No sé. Está con los ojos cerrados aún, pero algo no cuaja; su pelo desparrramado en la almohada tiene... ¿visos rubios? Su cuerpo también es distinto. Miro debajo de las sábanas y puedo notar sus piernas más contorneadas y ¿más *fit*<sup>34</sup>?

33 Camisón femenino corto y escotado, generalmente de tela transparente y que suele ir acompañado de una braguita a juego.

34 En forma.